

ESPÍRITU PAMPA, EL GRAN VIAJE HACIA EL SOL

Texto y fotografías: Ricardo Carrasco Stuparich

Llegar al Cuzco es impresionante, la cuna del imperio incaico donde cada calle, cada esquina y casa deja ver lo que alguna vez fuera la gran ciudad que Manco Cápac y Mama Ocllo -hijos enviados por el dios sol- fundaron para salvar a los hombres; los que según esta deidad celestial, vivían como animales, sin ley ni orden. Por ello, un recorrido por la ciudad y los lugares cercanos al Cuzco repletos de ruinas hechas con la maestría incaica resulta vital para comprender su real grandeza. Sin embargo, y a pesar de toda esta grandilocuencia imperial, hay sitios donde es posible descubrir ciudadelas perdidas y tesoros maravillosos, lejos de la mirada del turismo. Pero, para llegar a ellos, hay que dejarlo todo y entregarse al destino.

Me encuentro sentado en un restaurante que queda justo enfrente de la plaza de armas de Cuzco, hordas de turistas que vienen a visitar la ciudadela de Machu Picchu y el valle sagrado, se pasean mirando con sus cámaras la ciudad.

Mientras bebo mi café amargo, hojeo las amarillentas páginas de un libro que me enseña sobre la gran revuelta y el sitio de Cuzco por parte de Manco Inca; joven y valeroso príncipe hijo de Mama Runtu y Wayna Cápac, el doceavo monarca en la sucesión desde la fundación del gran imperio. El joven inca, uno de los más recordados por su destreza y habilidad en manipular y dar dura batalla a los españoles, a caballo y al mando de cientos de miles de guerreros, en un acto sin precedentes, dio inicio a la gran rebelión en el año 1536, sitiando Cuzco, en el más glorioso momento de la resistencia contra los invasores españoles.

En aquella época, las flechas, porras y lanzas eran las armas que empuñaban los guerreros incaicos, las que encendidas con yesca ardiente y acompañadas de hogueras en torno a la ciudad, llovieron por semanas sobre los maltrechos conquistadores, los que se encontraban a cargo de un decadente Francisco Pizarro. Lentamente y al cabo de meses de lucha, la escasez de alimentos y el arribo de nuevos soldados fueron debilitando las huestes del Inca, las que derrotadas finalmente en la fortaleza de Sacsahuamán, fueron obligadas a huir y refugiarse en la cordillera del alto Urubamba.

Manco Inca se internó entonces con sus hombres en la más profunda e inexplorada selva del Perú, lejos del asedio español y donde fundó un centro de resistencia conocido en quechua como; Vilcapampa (conocida popularmente como Vilcabamba) o “pampa sagrada”. Desde ese remoto lugar resolvió atacar las posiciones españolas en el Cuzco.

Ahí, perdida en la “ceja de selva”, se encuentra aún la ciudadela que ocupara el último de los incas reales, la desconocida y lejana Espiritu Pampa.

Todo esto me parece cada vez más excitante, y rápidamente se me pasan las horas, la ciudad enciende sus luces y parece una joya, con sus numerosas iglesias cuidadosamente bien conservadas e iluminadas dándoles un aspecto de diamantes de luz.

Algunos días más tarde y anticipándonos a tener éxito, estamos listos para partir. La idea reiterativa y las constantes lecturas sobre Manco Inca me llevaron a preparar una expedición a la ciudadela del último “inca de Vilcabamba”. Tres días de viaje nos llevarían a Cesar Vivanco, renombrado antropólogo cuzqueño, un maestro Zen llamado Manuel

Portugal y a mí, por las montañas hacia las tierras bajas, hasta penetrar la selva profunda del alto Urubamba, uno de los principales tributarios del río Amazonas.

El viaje pasa de lo hermoso del paisaje a lo espeluznante, ya que es necesario cruzar el abra de la Verónica, una montaña o apu sagrado de más de 5.750 metros que está en la vertiente oriental de Machu Picchu. El microbús literalmente penetra las nubes dando la sensación de estar en un sueño, los abismos se pierden entre cada curva y las brumas. Lentamente se va descendiendo hasta llegar después de seis horas de viaje a la ciudad de Quillabamba, importante centro de café, cacao y maderas del departamento de Cuzco. Frutas tropicales como papayas, plátanos aromáticos y chirimoyas nos reponen para continuar al día siguiente en otro transporte hasta el poblado de Kiteni que tiene -como muchas ciudades selváticas- únicamente una calle principal y muchos puestos improvisados de ventas de frutas y caldos de gallina. Caminamos entre los puestos humeantes y vaporosos donde los comensales disfrutaban de la cocina local. Al final de la calle, nuestro lugar para pernoctar, el “Hotel Kiteni”.

Cae la noche y sentado en una pequeña silla dispuesta dentro de la habitación, me doy cuenta de la aplastante presencia de la selva; puedo contar más de cincuenta arañas atrapando insectos en los marcos de la ventana sin vidrios. Esta foresta, la más rica en biodiversidad del Perú y tal vez del planeta debe su abundancia a que los profundos valles del río Urubamba y Apurimác, separan el cordón montañoso de Vilcabamba del resto de las cordilleras andinas, aislando con ello infinidad de animales y plantas. Los especialistas denominan este fenómeno efecto isla, lo que quiere decir que poblaciones marginadas geográficamente dan vida a especies nuevas de plantas y animales.

A las cuatro de la mañana nos trepamos en un camión que va hasta Chuanquiri, último poblado antes de empezar la caminata hacia Espíritu Pampa. Repleto de machiguengas, los nativos selváticos del Urubamba, debemos acomodarnos en una tabla porque no somos bienvenidos. Es comprensible su rechazo hacia los foráneos, de quienes siguen recibiendo enfermedades, malos tratos y el despojo de sus tierras. Hablando en *machi*, nos miran como queriéndonos bajar del camión. Cesar, quien domina varias lenguas y dialectos del Perú, rompe la tensión diciéndoles que vamos a Espíritu Pampa, y todos se ponen a reír, incluso algunos que parecen dormidos sonrían, dándonos a entender que jamás llegaremos.

Bruscamente, el vehículo detiene su carrera, me asomo entre las lonas del techo para ver que ocurre, pues tenemos un río enfrente. Bueno, pienso, ya no podemos seguir. Estoy equivocado. El chofer detiene el motor y espera un par de horas hasta que baje la corriente, la que resuena arrastrando algunas piedras pequeñas. No lo puedo creer, los machiguengas adjudican el percance a mi presencia, y si algo ocurre, como foráneo pasaré un mal rato. Afortunadamente, después de sortear algunos peñascos en la corriente el camión logra cruzar y nos encontramos nuevamente camino hacia el asentamiento de Chuanquiri.

Absolutamente empapado y lejos de las cámaras que van en alguna mochila perdida entre los sacos y bultos debo conformarme con tratar de narrarles lo vivido; comienza a aclarar y aferrado al techo del transporte soy testigo de uno de los parajes más bellos y accidentados que me ha tocado ver. Acantilados que se pierden en lo profundo del planeta en una maraña impenetrable de selva azul húmeda y vaporosa. Al fondo del abismo, algún río corre arrastrando fango espumoso formando rápidos espeluznantes que resuenan en los cañones. Tengo la sensación, por un momento de estar en el fin del mundo, o quizás en el

comienzo. El vehículo corre a toda velocidad por un angosto y erosionado camino que en cada curva amenaza con desaparecer.

Finalmente, arribamos a Chuanquiri, donde nos refrescamos con enormes papayas y chocolate natural. “Ahora recién empieza la aventura, señor Carrasco”, sentencia el antropólogo, quién ya había estado en el lugar treinta años atrás.

Chuanquiri es un caserío que se levantó rodeando una improvisada cancha de fútbol y que en uno de sus flancos dispone de una pequeña escuela, donde intento hacer algunas imágenes de los niños pero huyen refugiándose en la selva, y entiendo que debo ser mucho más delicado con las personas de tan apartado lugar.

Comienza la caminata con un guía que dispone un par de mulas para la travesía. Ahora debemos ir bordeando el río Koshireni, que serpenteando se interna en las montañas selváticas. Con frecuencia nos topamos con ríos de “chacos” u hormigas gigantes que transportan hojas las que sujetan con sus mandíbulas y mariposas enormes, de colorido y formas impresionantes; las hay naranjas, verdes con negro, azules con rojo, en una variedad de especies que pareciera nunca acabar. Bandadas de *páucares*, conocidos por sus nidos colgantes que son usados como bolsas por los lugareños nos acompañan a lo largo de la jornada. También aparece el colorido *tunqui*, un ave similar al tucán.

Después de seis horas de caminata y de cruzar media docena de veces el Koshireni, el caudaloso Concebidayoc y otros afluentes, subir gradas y resistir la picada incesante de mosquitos y zancudos decidimos pasar la noche en una choza de colonos. Ellos consumen naturalmente el *cuye* con yucas o uncuchas, papa harinosa selvática que acompaña muy bien a los roedores. También pescan el *surcador*, la *doncella*, el *dorado* y al gigantesco *mamury*, que atrapan con polluelos de gallina amarrados a la línea de pesca. Además, plantan y recolectan el café, el que venden en Chuanquiri a cien soles el quintal, unos 28 dólares.

Al día siguiente retomamos nuestra caminata, según algunos machiguengas nos quedan pocas horas para Espíritu Pampa, pero para ellos el tiempo tiene otra dimensión y debemos caminar por la selva durante varios días más, durmiendo donde la noche nos atrape. Con frecuencia nos topamos con tumbas improvisadas de piedra y tierra rojiza, ya que en la calurosa selva no existen el tiempo ni las creencias para sepulturas ostentosas y los lugareños resuelven rápidamente el problema de los seres que abandonan este mundo, enterrándolos a la vera de los senderos. Sin embargo, por alguna extraña razón, nuestro guía regresa con sus mulas a Chuanquiri y lo vemos desaparecer entre la foresta. Debemos continuar en la compañía de unos jóvenes machiguengas que se ofrecen a cargar parte del equipo por un tramo pequeño, lo que agradecemos enormemente ya que los bultos se hacen cada vez más molestos con el intenso calor tropical.

A medida que subimos por las barrosas gradas aparecen variedad de orquídeas como la común “michi michi” y la exótica “wakanki”.

En medio de toda esa exuberancia, grande fue nuestra sorpresa cuando entre el follaje de un sendero perdido, encontramos un espléndido baño incaico, el primer indicio claro de que nuestro esfuerzo estaba siendo compensado. Habíamos llegado a la ciudadela de Espíritu Pampa. El baño, con una pileta principal y tres chifones por donde aún corre un hilo de agua, era el lugar donde obligadamente debían lavarse los visitantes que ingresaban a la ciudadela sagrada. Fatigados pero contentos, caminamos unos metros y llegamos a una serie de terrazas, las que afortunadamente unos machiguengas días antes habían limpiado

con sus machetes para espantar las alimañas. En el lugar merodean siete tipos de serpientes venenosas, como la *chuchupe*, que en época de celo, persigue a su víctima para inocularle el veneno; *marianito*, un reptil de dos metros, el *chicotillo*, *terciopelo*, *chimuco*, *lorochamaco*, *cantonga*, entre otras, conforman el abanico tóxico que protege las almas errantes de Espíritu Pampa. Lentamente, van apareciendo ante nuestros ojos habitaciones y más terrazas, como si alguien hubiese corrido un velo. Destruídas en su mayoría por las raíces o cubiertas por el musgo, curiosamente algunas habitaciones conservan intactos sus dinteles en los pórticos de acceso, los que mantienen los detalles de un escultor hábil y certero.

Después del frenesí del descubrimiento, la reflexión y la admiración, nos sentamos callados como si la selva nos hubiese tragado la lengua, mirando semejantes construcciones, perdidas en el tiempo.

Manuel, nuestro maestro espiritual, recostado en la hojarasca mira hacia la espesura buscando respuestas, tratando de encontrar en el delgado pero vital hilo de energía que nos ha traído tan lejos algún indicio que de sentido al rompecabezas que lleva a cuestras. “Por qué Manco nos quiso aquí, en este lugar, tantos siglos más tarde” se preguntaba una y otra vez.

En las entradas de las habitaciones, trozos intocados de jarrones rotos esparcidos entre la hojarasca y el obsequio que Manco Inca guardaba para los exploradores, descubrir una cabeza esculpida en piedra de una serpiente. Retirándola de entre unas raíces no pude evitar emocionarme al asirla entre las manos, quizás nadie la había tocado en más de 450 años. La dejé en el mismo lugar, y agradecí al gran señor por haberme delgado un secreto oculto de su ciudadela, la última morada de Manco Inca. Similar aunque más rústica a algunas instalaciones de Pisac u Ollantaytambo, Espíritu Pampa es una ciudadela que según algunos antropólogos sería mayor que el mismo Machu Picchu, ya que cuenta con más de cuatrocientas instalaciones, las que en su mayoría se encuentran bajo tierra. Manco Inca fue asesinado en 1545, probablemente a los 29 años por siete fugitivos españoles.

INDICE DE LAS FOTOGRAFIAS

1- *Kiteni*, uno de los últimos poblados que separan el viaje a *Espíritu Pampa* de la civilización. En su única calle se comercian en forma ilegal simios, reptiles y hasta cerdos salvajes. A las cuatro de la madrugada pasa un camión que llega después de seis horas de viaje, hasta el asentamiento humano de *Chuanquiri*.

2- Con la mandíbula apretada, un colono del río *Concebidayoc* mira el paisaje, otros ya están acostumbrados. Los acantilados son tan abruptos y caminos tan malos que en sectores los camiones cargados de machiguengas y colonos transitan de noche, para que no vean el camino.

3- Un niño machiguenga fatigado por el viaje desde *Kiteni* a *Chuanquiri* se ha quedado dormido por el traqueteo incesante del camión. Vive con sus padres en lo profundo de la selva. Son visitados esporádicamente por los servicios de salud del Perú y justo cuando llegamos encontraron un brote de malaria, por lo que reunieron a todos los aldeanos para vacunarles.

4- Es preciso cruzar más de 10 veces por estos puentes colgantes el río *Urubamba* y *Concebidayoc*, los que corren arrastrando sedimentos y troncos después de una fuerte lluvia tropical. Las pendientes y bajadas fatigan hasta las mismas mulas y el intenso calor y alta humedad estropean todos los equipos, nada funciona.

5 - 6 - 24 - En el alto *Urubamba* los locales han encontrado en los cultivos de café una buena fuente de ingresos, ya que los principales recursos los consiguen en la espesura de la selva. Pescan algunos peces gigantescos, como el *mamury* que llega a pesar 70 kilos y que atrapan tirando pollos muertos amarrados a una cuerda.

7- Algunos de los insectos que un nativo capturó en los alrededores de su choza para mostrarlos a los expedicionarios. No resulta agradable encontrar a estos visitantes en el interior del saco de dormir, donde encuentran protección y calor.

8- Después de llegar al abra (lugar más bajo para cruzar dos grandes montañas) de *Huaruva* se tiene esta amplia visión del valle de *Concebidayoc*. Algunos colonos y nativos “civilizados” han deforestado para hacer sus pequeñas plantaciones de café y cacao. Nuestro guía apunta con el dedo mostrando las montañas del fondo y nos dice refiriéndose a la ciudadela “ya nada queda, cerca es”.

9- Un colono y un machiguenga se cruzan con los expedicionarios camino a *Espíritu Pampa*. Cargan decenas de kilos en sus espaldas los que transportan en rústicas mochilas improvisadas, el calor húmedo parece no fatigarles, ya que recuperan energías bebiendo un trago de alcohol y masticando un puñado de hojas de coca, la que no está prohibida en el departamento del Cuzco.

10- La *yuca*, tubérculo alargado y la *uncucha*, una papa selvática harinosa, son una importante fuente de alimento de los colonos y nativos. La consumen con arroz y plátano frito, algo realmente delicioso cuando se ha caminado tres días bajo la lluvia y la punzada inclemente de los insectos.

11- Gran variedad de mariposas circulan por la selva, algunas tan grandes que se desplazan entre la tupida vegetación sin aletear, ya que prefieren planear. Es común verlas libando en los senderos los orines de animales mayores, como serpientes y felinos que cruzan de noche. Los locales aseguran que la mejor fecha para verlas es entre noviembre y marzo, en plena época de lluvias.

12- El cañón de *Espíritu Pampa* al amanecer, la selva emana humedad y vida, una bandada de tucanes trae los primeros rayos del sol. Las distancias se confunden y el tiempo es relativo. Una hora de caminata para los nativos resultan ser dos días, después de muchos días de andar, todo es lejano.

13- Finalmente, después de errar cuatro veces el camino, se llega a la ciudadela de Manco Inca, la que está cubierta por la selva y protegida por siete especies diferentes de serpientes venenosas: *terciopelo*, *marianito*, *lorochamaco*, *cantonga*, *chuchupe*, *chimuco* y *chicotillo*.

Por ello hay que caminar con suma cautela, ya que muchas de estas víboras son prácticamente invisibles entre el fango y las plantas.

14- Una cabeza de serpiente esculpida del tamaño de un balón encuentro entre la hojarasca, no puedo evitar llorar de emoción y después de tocarla y fotografiarla, la deposito respetuoso en el mismo sitio donde la encontré. Un tesoro que en estos momentos descansa entre la abigarrada vegetación que protege la ciudadela.

15- Restos de jarros, utensilios esparcidos y quebrados es posible encontrar en la entrada de algunas habitaciones incas. Resulta asombroso encontrar aún en Perú un lugar intocado como este, ya que normalmente son víctima de los saqueadores.

16- A pesar del paso irremediable de los siglos, los muros interiores de algunas habitaciones aún se mantienen intactos. Los alaridos de los monos y las picadas de los insectos son la única compañía.

17- Un grupo de machiguengas había limpiado una de las entradas al lugar, pero rápidamente la selva se encarga de cubrirlo todo. Las raíces rompen los muros y los troncos caídos aplastan las habitaciones y baños incaicos.

18- De regreso, ya fatigados por el hambre, la sed (no se debe beber agua por los parásitos) y las largas caminatas cargados con dos mochilas cada uno, aparece el gran río *Urubamba* nuevamente serpenteando por entre las montañas de poca altura. Es preciso llegar a la casa de algún nativo para pasar la noche, ya que en la zona abundan los *chacos* u hormigas gigantes, muy agresivas si se las molesta o interfiere en sus caminos, los que bajan como ríos dorados desde lo profundo de la foresta.

19- La choza o maloca es la vivienda típica de estas montañas, ahí las gallinas, chanchos y cuyes viven en perfecta comunión con los nativos y no es raro despertar abrazado de un varraco o con una pareja de pequeños cuyes olfateando el rostro.

20- Los niños de los alrededores de *Kiteni* hacen una representación en un día de fiesta. Como último eslabón en una cultura que desaparece se visten a semejanza de sus congéneres de la selva profunda.

21- Cruzando uno de los numerosos afluentes del *Urubamba*. Trepadas continuas y descensos permanentes nos fatigan hasta la náusea, debemos detenernos constantemente para retomar fuerzas y poder continuar. Imaginamos a los soldados españoles sin siquiera un sendero para marchar; que penurias habrán sufrido en manos de la selva y el calor aplastantes.

22- En *Kiteni* es posible encontrar diversos frutos y tubérculos que la selva provee a los locales. Con un preciso corte de su machete este vendedor cala los cocos para el deleite de los sedientos exploradores.

23- Los niños de la selva; ellos dominan las artes de la supervivencia y la alegría de vivir en uno de los lugares intocados del planeta. Sus miradas limpias y transparentes están llenas de esperanzas y anhelos; únicamente el tiempo nos dará indicios de sus vidas, cuando quizás algún día decida regresar a *Espíritu Pampa*.

25- Catalina y su pequeña hija viven a orillas del río *Concebidayoc*. La vida es muy dura para una madre tan joven en medio de la selva y para obtener algunos víveres debe caminar más de seis horas río abajo con su pequeña a cuestas. Sin embargo, las frutas se dan gigantescas y abundantes.

26- Cuidadosamente restauradas después del terremoto de 1650, al caer la tarde las numerosas iglesias y catedrales del Cuzco iluminan con especial belleza la ciudad. El gobierno se a preocupado con especial cuidado de mantener vivo su patrimonio histórico.

Más imágenes del autor, datos y anécdotas. +56 9 88687813
ricardo.trex@gmail.com